


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Delbourgo, James: *Collecting the World. Hans Sloane and the Origins of the British Museum*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2017.

Adrián Viale

Universidad Pedagógica Nacional
adrianviale@gmail.com

Fecha de recepción: 18/10/2018
Fecha de aprobación: 05/12/2018

Aquellas personas interesadas en la historia de la fístula anal se cruzarán eventualmente con el nombre de un gran médico inglés del siglo XIV, John Arderne, cirujano pionero en la cura de esta desgraciada incomodidad. Su tratado *Fistula in ano* fue una lectura obligada para generaciones de médicos interesados en las operaciones capaces de aliviar esta dolencia. Más allá de la existencia de la edición moderna de una traducción al inglés medio producida hace ya más de un siglo¹, los susodichos interesados deberán encontrar en los manuscritos con obras de John el material principal para su estudio [Figura 1]. Será válido seguramente para ellos saber que buena parte de estos manuscritos sobrevivientes —de diversa índole y forma, provenientes de siglos variados, muchos de ellos acompañados de exquisitas ilus-

¹ Power, D'Arcy (ed.): *Treatises of Fistula in Ano, Haemorrhoids and Clysters, by John Arderne, from an Early Fifteenth-Century Manuscript Translation*, Londres, Kegan, 1910.

traciones— deben visitarse en una tradicional institución británica, al norte de Londres, a pasos de la estación de trenes de St. Pancras. La British Library se aloja en un edificio moderno, construido hacia el ocaso del milenio pasado, custodiada por una gigantesca estatua de Newton inspirada en un conocido dibujo de William Blake. Se encuentra allí el acceso a cientos de millones de documentos. Varios manuscritos con las obras de John Arderne forman parte de sus colecciones fundadoras, ingresadas a mediados del siglo XVIII. Fueron acompañados en este tránsito por más de cuatro mil manuscritos, de diversa índole, temática y tenor, coleccionados por una figura señera del mundo intelectual londinense. De las muchas razones para visitar Londres, el estudio de los tratados de John Arderne, o de los múltiples manuscritos que acompañaron su ingreso, no es la más común, pero la visita a la British Library, memoria de la nación, residuo de un gigantesco imperio, tesoro del mundo, no es tampoco la menos honorable.

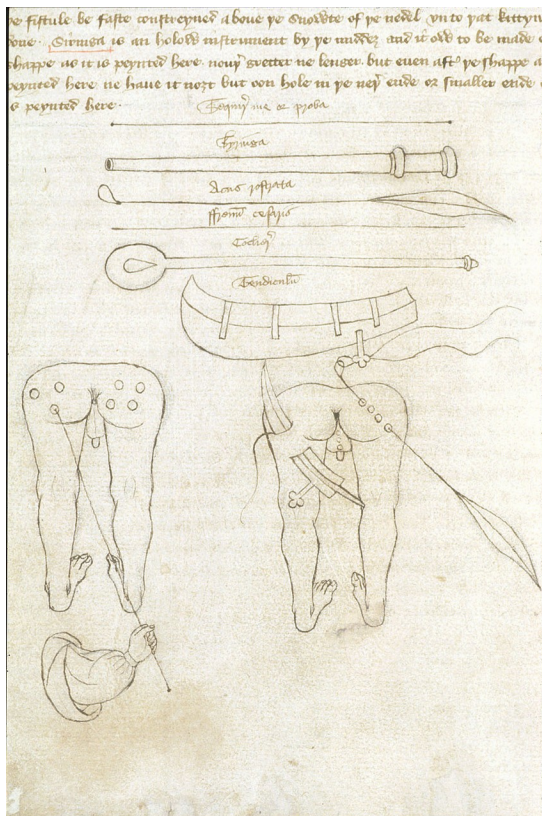


Figura 1: British Library Board, Ms. Sloane 6, f. 144 v.

Puestos a competir, la mejor de las muchas razones para visitar Londres se encuentra unas cuadras al sur, en el corazón de Bloomsbury. El British Museum es desde hace años el sitio turístico más visitado de Gran Bretaña, por su colección formidable, pero también por una apertura total al público que lo mantiene totalmente gratuito. El visitante que vaya a ver algo más que la renombrada Piedra de Rosetta, los mármoles que Lord Elgin extrajera de la Acrópolis ateniense, o los formidables murales asirios, comenzará su visita por la sala número uno, la exquisita Galería de la Ilustración, ubicada allí donde alguna vez estuvo la biblioteca del rey, donde los más variados objetos, propiedad del museo desde los siglos XVIII o

XIX, se encuentran exhibidos *à l'ancienne*². El visitante se detendrá seguramente, aunque más no sea por inercia, ante la primera vitrina. La presentación del British Museum ante el mundo le parecerá más bien humilde. Lejos de encontrar los célebres elementos que adornan otras salas, el visitante verá tres tazas mayólicas para beber chocolate, realizadas en Savona durante la primera mitad del siglo XVIII, pequeños objetos artísticos que nos hablan de una época en que el acceso a esta bebida era un símbolo de estatus [Figura 2].



Figura 2: Tres tazas mayólicas de loza vidriada para chocolate. Procedencia: Italia, ca. 1700-1750. British Museum, OA.9292, OA.9293, SLMisc1693.

El mismo visitante podrá encontrar en Londres otros extraordinarios museos. Si se traslada hacia el oeste y se adentra en South Kensington, encontrará el Museo de Historia Natural, uno de los mejores de su tipo. Evitará si es inteligente la entrada de Exhibition Road, entre el Museo de Ciencias y el prodigioso Victoria & Albert, e ingresará al clásico edificio románico desde la calle Cromwell, donde se encuentra su entrada principal. Desde allí atravesará el imponente salón central, caminando bajo el esqueleto de una ballena azul que ocupa hoy el lugar que durante varias

² Sloan, Kim (ed.): *Enlightenment: Discovering the World in the Eighteenth Century*, Londres, British Museum Press, 2003.

décadas tuviera el molde de yeso de un *Diplodocus Carnegii*. Al subir las escaleras del fondo saludará una estatua sedente de Charles Darwin, para adentrarse luego en la Cadogan Gallery, donde se guardan varios de los más preciados objetos del museo. Entre alusiones a Darwin y Wallace, el primer espécimen encontrado de un *Archaeopteryx*, las calaveras de un Neanderthal y de un león que habitara la Torre de Londres durante tiempos medievales, y hasta una roca lunar traída por el Apolo XI, encontrará una pequeña maravilla: el caparazón de un *Nautilus* hermosamente tallado y adornado de varios *putti*, extraordinaria combinación entre un bellissimo objeto natural que recuerda la espiral dorada y una exquisita y delicadísima obra artística [Figura 3].



Figura 3: Caparazón de nautilus (*Nautilus pompilius*) de la colección de Sir Hans Sloane's. Tallada por Johannes Belkien, fines del siglo XVII. Natural History Museum. © The Trustees of the Natural History Museum, London.

¿De qué puede tratar un escrito que recorre Londres en la búsqueda más bien fatigosa de los manuscritos de un tratado sobre la fístula anal, de unas tazas para beber chocolate, o del asombroso caparazón trabajado de un Nautilus? Es esta probablemente una exploración parcial y tal vez caprichosa de la capital británica, pero no es arbitraria ni injustificada. Todos los objetos que hemos mencionado pasaron alguna vez por las manos de Hans Sloane, y pertenecieron a su colección³. Las instituciones mismas que hemos brevemente recorrido deben su existencia al legado de este coleccionista. El British Museum, que abriera sus puertas en la hoy demolida Montagu House, en Bloomsbury, en 1759, fue establecido en 1753 cuando el Estado británico decidió aceptar la opción de comprar la enorme colección de Sloane por el más que módico precio de 20.000 libras. El Natural History Museum es un desprendimiento del British Museum, cuyas colecciones fueron separadas hacia finales del siglo XIX al calor del surgimiento de divisiones disciplinarias que apartaron físicamente obras naturales y artificiales. El British Museum supo alguna vez albergar la colección de libros y manuscritos más importante de Gran Bretaña, consultables desde mediados del siglo XIX en su icónica sala de lectura circular, hasta que a finales del siglo XX se mudaran al nuevo edificio de la British Library, creada como institución independiente en la década de 1970. Y sin embargo, a pesar de esta extraordinaria influencia y del éxito de su legado, el nombre de Hans Sloane es poco conocido: es un curioso caso —como lo llama Delbourgo— de fama y amnesia combinadas. Y es que a diferencia de otros grandes coleccionistas británicos, como Elias Ashmole, John Soane o Henry Tate, ninguna de las instituciones que conservan sus colecciones lleva su nombre.

¿Qué hacer con un hombre capaz de coleccionar diversas copias manuscritas de un tratado sobre la fístula anal, tazas para una bebida exótica, obras maestras híbridas que combinaban lo mejor del arte y la naturaleza? La colección de Sloane fue a la vez abundante y diversa. Su análisis no debe en lo posible acudir a parámetros modernos de clasificación. Debe realizarse, como bien lo sabe Delbourgo (pp. xxvii-xxviii), en el marco de aquella historiografía sobre las clasificaciones del conocimiento que encuentra su punto de partida en el Michel Foucault de *Las palabras y las*

3 Sobre la colección de Sloane, los libros de consulta son los de Arthur MacGregor (ed.): *Sir Hans Sloane: Collector, Scientist, Antiquary, Founding Father of the British Museum*, Londres, British Museum Press, 1994, y Alison Walker, Arthur MacGregor y Michael Hunter (eds.): *From Books to Bezoars. Sir Hans Sloane and His Collections*, Londres, The British Library, 2012.

cosas, y que fuera tan bien ejemplificada con las arbitrarias clasificaciones de la antigua enciclopedia china con la que famosamente jugara Jorge Luis Borges. Sloane, como coleccionista, debe situarse en su contexto, no como parte de una revolución científica que rompía tajantemente con las concepciones del pasado, sino en el marco de una mayor continuidad, con una atención a la complejidad de las prácticas y los saberes científicos que es propia de la historiografía más reciente. La ecléctica colección, multiforme y variada a nuestros ojos, es más propia del polímata renacentista que de un científico especializado moderno. Los objetos, tan variados como el mundo, se ubicaban bajo la más que general etiqueta de “curiosidades”; de allí que muchos terminaran en las instituciones arriba mencionadas, pero otros también se abrieran paso hacia el Victoria & Albert, los jardines reales de Kew, o la National Portrait Gallery⁴. De allí la excelente elección del nombre del libro que estamos reseñando: recolectar, juntar, coleccionar el mundo entero, parece haber sido su afición y deseo⁵.

Delbourgo narra la biografía de Sloane. Sus raíces como irlandés protestante. Su viaje a París, Montpellier, y al Principado de Orange, donde se recibió de médico. Su estadía en Jamaica como médico personal del gobernador, que le permitiría escribir su obra más importante, los dos volúmenes de *A Voyage to the Islands Madera, Barbados, Nieves, S. Christophers and Jamaica*, publicados en 1707 y 1725. Su matrimonio, y las ventajas económicas que le deparó. Su exitosa carrera como médico de la elite londinense y como presidente del Royal College of Physicians. Su rol como secretario de la Royal Society, a cargo de las *Philosophical Transactions*, y como director de la institución más tarde, sucediendo a Newton. Su vida en fin como coleccionista, entendiendo la afición desde el punto de vista personal, como el resultado de una forma de protestantismo que veía al conocimiento como un instrumento para la mejora individual.

La obra de Delbourgo hace las veces de biografía, aspecto más que bienvenido, pero es mucho más que eso. Al atender a las colecciones de Sloane, es también un libro que debe abordar el contexto imperial en que los objetos se inscriben, con una Gran Bretaña camino ya a adueñarse de

4 El eclecticismo de la colección puede observarse fácilmente en algunos catálogos tempranos del British Museum: *The General Contents of the British Museum*, Londres, 1762 (ver los comentarios al respecto en pp. 323-330 del libro de Delbourgo), y el posterior pero ilustrado catálogo de Jan y Andreas van Rymsdyk: *Museum Britannicum*, Londres, 1778.

5 *Collecting the World* es también el nombre de la Sala 2 del British Museum.

buena parte del mundo, y en proceso de controlar unas redes comerciales de alcance global que no excluían la piratería ni el contrabando. Es un libro que trata también sobre el contexto esclavista en que el conocimiento se producía, del cual los miembros de la elite (Sloane incluido) se beneficiaban, y gracias al cual muchos objetos circulaban. Es necesariamente un libro que trata sobre el aspecto global del coleccionismo, de las prácticas científicas y de los saberes ilustrados, y sobre las múltiples formas en que objetos y conocimientos de los más recónditos parajes del mundo abrían su paso hasta la oficina de Sloane. Sus colecciones lo ubicaban al centro de redes de alcance mundial. Es por lo tanto una historia global de la modernidad, y una historia de la ciencia más amplia en sus sentidos y más universal en su alcance que lo que uno acostumbra a ver en obras más tradicionales sobre la revolución científica o la era ilustrada.



Figura 4: Par de zapatos de cuero. Procedencia: China. British Museum, As, SLMisc.576.a-b.

Los objetos que coleccionaba Sloane permiten analizar, en los albores de la globalización, las relaciones entre Gran Bretaña y el resto del mundo. Pensemos en el mundo oriental, por ejemplo, con el cual se tendían circuitos de comercio cada vez más eficientes. De allí venían decenas de objetos de uso cotidiano, como los diversos calzados de muchas regiones que Sloane coleccionara y que el British Museum aún exhibe [Figura 4]. De Oriente también circulaba conocimiento: detengámonos en uno de los tantos manuscritos que alguna vez pertenecieron a Sloane, y que hoy lleva el número 4013 en el catálogo de su colección, un herbario de mediados del siglo XVIII, con

información botánica sobre las Indias orientales. El manuscrito es interesante por la información que contiene, pero también porque nos da una medida de la riqueza de la colección de Sloane: bellamente ilustrado, un compendio de información interesante, no fue debidamente estudiado hasta ya bien entrado el siglo XXI⁶. Este no es un caso aislado. Diversos manuscritos del sudeste asiático se encuentran hoy en exhibición temporal en la British Library [Figuras 5 y 6]. El contenido del número 3480 (javanés antiguo en escritura balinesa, escrito sobre hoja de palma), fue identificado hace apenas unos meses. Sloane no podía leerlos, evidentemente. Los guardaba tal vez por su exotismo, con sus caracteres jemerres, árabes, o chinos, sus soportes en bambú, hojas de palma, o diversos tipos de papel, sus formatos en códices, rollos, o fragmentos. La colección de Sloane guarda verdaderas joyas.



Figura 5: Manuscritos de Sloane del sudeste asiático en exhibición afuera de la Sala de Lectura de Estudios Asiáticos y Africanos de la British Library. Foto: Asian and African Studies Blog, British Library.

6 Ver el artículo de Savithri Preetha Nair: “... to be serviceable and profitable for their health’: A Seventeenth-Century English Herbal of East Indian Plants Owned by Sloane”, en *From Books to Bezoars*, *op. cit.*, pp. 105-119.

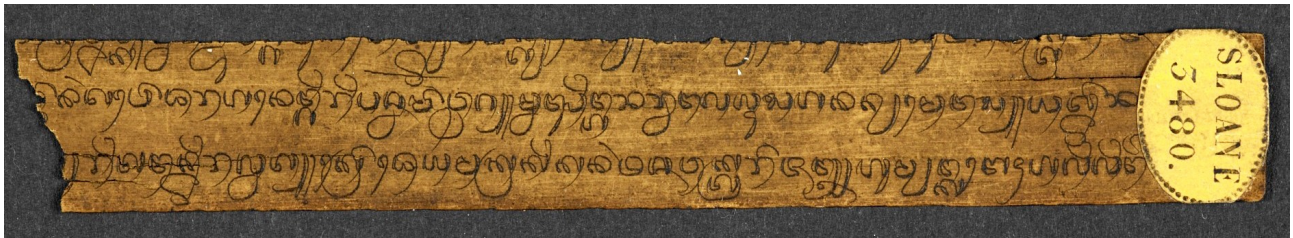


Figura 6: Fragmento del Arjunawijaya escrito en javanés antiguo en alfabeto balinés, sobre hoja de palma. British Library, Sloane 3480.

Literalmente. Porque de Oriente también venían gemas invaluableles. En el Museo de Historia Natural, al fondo de la sala de mineralogía en la que reina el meteorito de Campo del Cielo que Woodbine Parish se llevara como regalo diplomático de la Argentina, se encuentra una bóveda con varias piedras preciosas. Allí puede verse, compartiendo cartel con otras joyas del mismo material, un botón de zafiro para turbante, proveniente de la India, que perteneció alguna vez a Sloane. En la misma sala en que se lucen la Esmeralda Devonshire, el crisoberilo de Hope, una pieza del meteorito Tissint, o la amatista maldita de Edward Heron-Allen, la joya de Sloane ostenta el mérito de ser la gema más antigua del museo [Figura 7].



Figura 7: Botón de turbante de zafiro. National History Museum.
© The Trustees of the Natural History Museum, London.

Hablando de tantos elementos orientales, es preciso destacar que Sloane logró poseer una magnífica y original colección sobre Japón, tierra exótica y misteriosa a la que en Europa solo la Compañía Holandesa de las Indias Orientales tenía acceso, y de forma muy limitada. Esto ocurrió porque logró hacerse con los objetos de Engelbert Kaempfer, quien había vivido en Japón a finales del siglo XVII, gracias a un acuerdo logrado con su sobrino, Johann Kaempfer. Este acuerdo incluyó la traducción al inglés, edición y publicación de una obra de Kaempfer, *History of Japan*, que se transformaría inmediatamente en un bestseller y se convertiría en uno de los más influyentes libros europeos sobre aquella tierra. Y así es que además de objetos de todo tipo, la colección de Sloane en la British Library conserva los diversos manuscritos que pertenecieran a Kaempfer, con información sobre Japón, pero también sobre Persia, Rusia, Siam, India y otros lugares.

Los objetos de Sloane venían también de occidente, de las tierras americanas. El visitante del British Museum que viene de recorrer la Galería de la Ilustración podría optar por no salir hacia el patio interior, y continuar en su lugar la visita yendo hacia el fondo de la galería, donde luego de atravesar un pequeño corredor encontrará las salas americanas. En la primera, la número 27 del museo, encontrará diversas piezas relacionadas con los antiguos imperios centroamericanos. Allí podrá ver, entre tantos otros objetos, una pequeña cabeza de piedra tolteca, o tal vez mixteca, de jade y basalto, que Sloane tuvo alguna vez entre sus manos y a la que parece haber considerado egipcia



[Figura 8]. La sala 26, al costado izquierdo, está dedicada a los pueblos de América del Norte, lo

Figura 8: Cabeza de piedra con forma de corazón. Procedencia: México (según el catálogo de Sloane: Egipto), ca. 1200-1521. British Museum, Am,SLAntiq.518.

que hoy llamamos Estados Unidos y Canadá. Objetos de lugares tan lejanos y misteriosos como el mismísimo Ártico llegaban a la colección de Sloane: peines de marfil, arpones, pequeños muñequitos, lanzas, ornamentos, juguetes, recorrían miles de kilómetros gracias al oficio de los co-

merciantes de la Hudson's Bay Company. En la mencionada sala 26 el visitante del British Museum podrá observar, entre otras cosas, un visor para proteger los ojos del resplandor del sol en la nieve: apenas 12 centímetros de madera capaces de enseñar tanto sobre lo diferente que era la vida humana en el extremo norte [Figura 9]. El visor, como tantos otros objetos, había sido adquirido por Henry Elking, quien recibiría una copia del libro de Sloane como agradecimiento por haberle enviado la cabeza de una morsa.



Figura 9: Visor para nieve hecho de madera. Procedencia: Bahía de Hudson, ca. 1753. British Museum, Am,SLMisc.1842.

Los objetos de Sloane permiten también pensar el contexto en el que se producían, circulaban y se adquirían. El tambor de Akan es un extraordinario ejemplo. Exhibido en la misma sala 26 del British Museum, este tambor enlaza los continentes involucrados en el comercio triangular esclavista. Llegó a la colección de Sloane procedente de la colonia de Virginia, y hasta el siglo XX se supuso que había sido realizado por nativos americanos, porque a su proveniencia geográfica se agregaba el hecho de que el cuero en su parte superior pertenecía a un venado americano. Pero en realidad, como descubrirían científicos de los jardines de Kew en los años setenta, el tambor había sido construido con madera típica del oeste africano. Había realizado el viaje desde la costa de Ghana a Virginia en un barco esclavista, donde había sido utilizado, probablemente, para marcar

el ritmo de los ejercicios obligatorios a los que los esclavos eran forzados con el fin de que llegaran en buenas condiciones a los mercados del otro lado del mar [Figura 10].



Figura 10: Tambor. Procedencia: Virginia (hecho en Ghana), siglo XVIII. British Museum, Am,SLMisc.1368.

Como resultado del mismo comercio triangular, puede verse también la historia de un africano que colaborara con Sloane en Londres. Delbourgo dedica varias páginas (pp. 251-257) a la historia de este personaje, Ayuba Suleiman Diallo, de fama reciente por el redescubrimiento de su retrato hace apenas unos años. Pintado por William Hoare, adquirido por el estado de Qatar, fue forzado a mantenerse en territorio británico y es exhibido aún hoy en la National Portrait Gallery de Londres [Figura 11]. De etnia fula, hijo de un clérigo musulmán, imam en el Reino de Bundu, en lo que hoy es Senegal, Diallo hizo un recorrido similar al del tambor de Akan: comerciante de esclavos capturado por sus enemigos, llegó a Londres luego de varios meses como esclavo en Maryland, y allí estableció amistad

con el coleccionista británico. Cuenta Delbourgo que Diallo colaboró con Sloane en la traducción de una serie de amuletos persas con textos coránicos. Pensemos por un momento todo lo que tuvo que ocurrir para que objetos lejanos, exóticos y antiguos, provenientes de Oriente, se abrieran paso hacia Londres y encontraran allí un traductor que había recorrido miles de kilómetros, luego de haber usufructuado y sufrido el comercio esclavista, con el resultado final de la producción de nuevos conocimientos bajo la atenta mirada de Sloane. Algunos de estos amuletos maravillan aún hoy en el British Museum, en la recientemente abierta galería sobre el mundo islámico de la Fundación Albukhary [Figura 12].



Figura 11: Retrato de Ayuba Suleiman Diallo, pintado por William Hoare en 1733. National Portrait Gallery, Londres.



Figura 12: Amuleto con forma de corazón de calcedonia marrón y blanca, con una inscripción árabe grabada. Procedencia: Irán, siglo XVII. British Museum, SL.9.

Es un buen momento para destacar que Sloane no coleccionaba estos amuletos solo porque eran objetos llamativos o curiosos. Lo hacía en este caso siguiendo una agenda intelectual, pues eran a su vista símbolos de supersticiones que era necesario eliminar. Sloane solía evitar la polémica y ejercía una erudición más bien diplomática, pero la gran excepción a esta regla fue su larga lucha contra los conocimientos y las prácticas mágicas. Entre sus más de cuatro mil manuscritos y sus cincuenta mil libros de medicina, historia natural o viajes, Sloane coleccionó muchísimos de tenor mágico o alquímico, hoy en la British Library, así como muchos elementos vinculados a todo tipo de tareas y prácticas que él veía como supersticiosas. Entre ellos, famosamente, una serie de objetos mágicos utilizados por el ocultista isabelino John Dee, hoy exhibidos también, entre otros objetos religiosos y rituales, en la Galería de la Ilustración [Figura 13]. No podemos dejar de señalar la ironía de que los elementos mágicos que sobrevivieron para atestiguar aquellas prácticas no fueran coleccionados por Sloane más que para probarlos falsos y mendaces. Su objetivo final era

exponer a la magia como una forma de locura, y así lo demuestra un tratado que escribió en 1740, editado hace unos años por Michael Hunter⁷.



Figura 13: Objetos asociados con John Dee, siglo XVII. British Museum, 1966,1001.1; SLCups 232; 1838,1232.90.c; 1838,1232.90.b; 1838,1232.90a; 1942,0506.1.

Muchos de los objetos que formaron parte de su colección fueron buscados, recolectados, obtenidos, por pedido explícito de Sloane; muchos otros fueron adquiridos como parte de otras colecciones. Sloane se encontraba no solamente al centro de una red global de circulación de objetos, sino también al centro de una red de coleccionistas, adquiriendo aquellos objetos ya recolectados por otros, lo cual nos indica que no necesariamente todos los objetos que componían su colección pueden hablarnos directamente de sus gustos, afinidades o simpatías. Así como había comprado muchos objetos de Kaempfer, podemos ver también el ejemplo de sus herbarios, que sobreviven en buena parte; no solo encontramos allí los realizados por Sloane, sino una buena canti-

⁷ Hunter, Michael (ed.): *Magic and Mental Disorder. Sir Hans Sloane's Memoir of John Beaumont*, Londres, Robert Boyle Project, 2011.

dad de colecciones compradas por él, en particular la de James Petivier, pero también la de Leonard Plukenet, ambas recolectando a su vez el trabajo de campo de otros naturalistas.

Las diversas formas de recolección eran evidentemente un aspecto fundamental de su trabajo, pero igualmente importante era la conservación y la catalogación, sobre la cual Sloane trabajó toda su vida. Delbourgo nos habla sobre la enorme cantidad de trabajo que esto implicaba, para Sloane y para sus ayudantes, en particular en relación a la descripción botánica en una era todavía pre-linneana⁸. Delbourgo interpreta a Sloane como parte de una tradición empirista, baconiana, al punto de apelarlo un anti-Kircher (p. 261), en referencia al erudito jesuita que el siglo anterior había hecho de la especulación una carrera. Los objetivos de Sloane, coleccionar, acumular, clasificar, catalogar, no podían estar más alejados de una ciencia en busca de explicaciones y respuestas. Solo raras veces se introduce Sloane en el estudio de sus objetos con el fin de encontrar explicaciones a los problemas planteados por la ciencia de su tiempo, como cuando escribe por ejemplo sobre lo que creía eran restos de elefantes encontrados bajo tierra⁹. A partir de diversas comparaciones entre varios especímenes, incluyendo huesos desenterrados en Londres en el siglo XVII y hasta el diente de un mamut siberiano que había encontrado el camino hasta sus manos, y dentro del paradigma propio de su tiempo, basado en la historia y la cronología bíblica, Sloane aduce que los restos eran pre-romanos, pertenecientes a un tipo de animal eliminado por el diluvio¹⁰. Muchos otros podían por su parte aprovechar para la ciencia los objetos de su colección. Un ejemplo clásico de esto es la utilización de las conchas que Sloane trajera de Jamaica por parte de Martin Lister y sus hijas Susanna y Anna en su *Historia conchyliorum*¹¹.

8 Por elección del propio Sloane, ya que conocía la obra de Linneo. El naturalista sueco lo visitó además en Londres en 1736, encontrando la colección de Sloane muy caótica.

9 Sloane, Hans: "An Account of Elephants Teeth and Bones Found under Ground", en *Philosophical Transactions*, Vol. 35, 1727-1728, pp. 457-471 y 497-514.

10 Ver el artículo de Jill Cook, "The Elephants in the Collection. Sloane and the History of the Earth", en *From Books to Bezoars*, op. cit., pp. 158-167.

11 No he podido consultar el libro de Anna Marie Roos: *Martin Lister and his Remarkable Daughters*, que está siendo publicado por la Bodleian Library y la University of Chicago mientras escribo esta reseña, recuperando el notable aporte artístico y científico de estas mujeres en una era que las solía excluir. Puede consultarse su artículo "The Art of Science. A 'Rediscovery' of the Lister Copperplates", en *Notes and Records of the Royal Society of London*, Vol. 66, No. 1, 2012, pp. 19-40. No es superfluo recordar que Sloane tenía también muchas acuarelas de Maria Sibylla Merian, otra notable ilustradora científica de la época.

Como no puede ser de otra manera, hacia el final del libro se aborda el nacimiento del British Museum. Delbourgo dedica varias páginas (pp. 308-320) al testamento de Sloane —donde se expresaba el deseo de que su colección sirviera “for the improvement, knowledge and information of all persons”— y al destino final de sus objetos. Sloane decidió dar la opción al Parlamento de comprar su colección; en caso de que la oferta fuera declinada, podría venderse íntegramente a las academias científicas de San Petersburgo, París, Berlín o Madrid. Solo si todo esto fallaba permitía Sloane que su colección se rematara por partes. El Parlamento aceptó la compra, y para la adquisición organizó una enorme lotería. No es esto más que parte de una tradición propiamente británica: aún hoy muchos fondos obtenidos por los juegos de azar se destinan a museos a través del Heritage Lottery Fund. Tan exitosa como polémica, la lotería no solo adquirió la colección de Sloane, sino también la Montagu House para alojarla. Con estos objetos ingresaron, fundado el British Museum, las bibliotecas Cottoniana y Harleiana.

Siendo el British Museum el primer gran museo público de Europa, el estudio de su creación entra en un diálogo necesario con las discusiones sobre lo público y sobre las diversas acepciones de este concepto en la Europa ilustrada del siglo XVIII: si bien la colección pertenecía al Estado, para beneficio de todos, el público general podía solo teóricamente visitar las colecciones, ya que un sistema de tickets mantuvo a buena parte de la población afuera durante medio siglo, algo que recién cambiaría en los primeros años del siglo XIX ante una comparación negativa con la mayor accesibilidad del Louvre. Por otra parte, desde el testamento mismo de Sloane encontramos un problema aún hoy central a los museos: el del siempre difícil equilibrio entre el público general que visitaría el museo y el acceso de los investigadores que trabajarían con objetos, libros y manuscritos.

Los objetos de Sloane eran visitados por muchos curiosos, y Delbourgo dedica parte de su libro a realizar un análisis de esta experiencia. Delbourgo también nos lleva a recorrer el nuevo museo. Es necesario destacar que el British Museum de los primeros años no era parecido al que nos hemos acostumbrado a ver. Aun mucho antes de que el Museo de Historia Natural tuviera un edificio propio, o de que la British Library se alejara con sus libros y manuscritos, el museo había cambiado hasta convertirse en irreconocible. Las razones son variadas, pero se deben en general

al gran desarrollo de la arqueología y de la conciencia histórica durante los siglos XVIII y XIX. El ingreso de la colección de Lord Hamilton fue tal vez el hito más importante, con sus exquisitos vasos griegos y sus diversas obras antiguas, que empujaron la balanza de las colecciones hacia el mundo clásico. No menos significativo fue el ingreso a principios del siglo XIX de los mármoles de Elgin, el friso del templo de Apolo Epicuro en Bassae, o la colección de Charles Townley. La egiptomanía post-napoleónica trajo objetos asombrosos como la enorme estatua del joven Memnón. Los descubrimientos en Medio Oriente, asociados con nombres como Claudius Rich y Austen Henry Layard, introdujeron imágenes, textos y objetos de un mundo hasta allí conocido solamente a través del Antiguo Testamento. Todo esto le había dado al British Museum, un siglo después de haber abierto, una profundidad histórica, un componente arqueológico, una decantación hacia lo clásico, que había tenido mucho menos importancia en sus orígenes, y que remataría en la demolición de Montagu House y en la construcción del edificio de estilo neoclásico que el visitante encuentra hoy.

No solo las colecciones del museo eran diferentes; lo era también su esencia. El legado de Sloane no son tanto sus objetos, perdidos muchos de ellos hoy entre innumerables piezas más conocidas, sino su idea de crear un museo abierto e igualitario, que sirviera al conocimiento erudito pero también al público en general. Si Sloane se encontraba en el corazón de un imperio comercial, al centro de redes por las cuales circulaban ideas, objetos y personas, su creación era parte de un universalismo que consideraba que el acceso a estos elementos redundaría en la mejora general de la población; era en suma una perla de la ilustración. El museo que legara Sloane, no exento de polémicas, no era aún el museo de la Gran Bretaña victoriana, imperial, evolucionista del siglo XIX.

La colección de Sloane no sobrevivió en su totalidad. Una parte sustancial se perdió, por el paso del tiempo y el desinterés, o incluso por destrucción deliberada, como ocurrió con parte de la colección de objetos naturales en las recurrentes cremaciones de elementos deteriorados llevadas a cabo en los primeros años del siglo XIX. Muchas piezas desaparecieron sin dejar rastro en alguna de las múltiples divisiones entre departamentos ocurridas a lo largo del tiempo, en particular luego de la separación de los objetos de historia natural al ser alojados en el nuevo edificio en South Kensington. De muchos solo conservamos su mención en alguno de los



Figura 14: Astrolabio de Sloane. Procedencia: Inglaterra, ca. 1290-1300. British Museum, SLMathInstr.54.

concienzudos catálogos de Sloane, que sobreviven en buena parte. La pérdida de algunos catálogos implicó que se perdiera a su vez la conexión entre muchas piezas y Sloane, como sucedió con la mayor parte de la enorme colección numismática. La colección de Sloane gozó de una historia siempre dinámica, y algunos objetos, por ejemplo muchos fósiles, han sido redescubiertos recientemente y conectados nuevamente a su nombre. Este es un elemento recurrente de esta historia. Un precioso astrolabio realizado hacia el año 1300, que llegó al museo con los otros objetos de Sloane, pasó un siglo oxidándose en un sótano hasta ser redescubierto en 1853; hoy el visitante lo puede ver, con subrayada jerarquía, en la Galería de la Ilustración [Figura 14].

El libro de Delbourgo es estupendo, completo, una compacta masa de erudición. Las colecciones de Sloane nos permiten visitar el pasado desde una perspectiva global, y también plantear algunas preguntas de suma actualidad. El estudio de su obra nos permite ver que el coleccionismo del siglo XVIII era muy diferente al de nuestra época, porque las prácticas culturales cambian, se alteran, sufren modificaciones, y también lo hacen los museos, sus funciones, y el tipo de objetos

que albergan. El observador moderno queda perplejo ante la mezcla de joyas, manuscritos, producciones naturales que parecían artificiales, especímenes de plantas, rocas y animales, entalles y camafeos, instrumentos musicales, vestimentas, peines, miniaturas, juguetes, bustos, pinturas y objetos rituales. Y sin embargo Sloane veía su colección como un solo artefacto completo, y pidió expresamente que no fuera separada luego de su muerte. Todos sus objetos, más allá de nuestra opinión, pertenecían a su museo.



Figura 15: Botines del futbolista egipcio Mo Salah en exhibición en el British Museum, mayo de 2018.

Desde la época misma de Sloane encontramos críticos que debatían la verdadera importancia de muchos de sus objetos. A lo largo de la historia del British Museum estas discusiones nunca han cesado. La última ocurrió hace unos meses, con el ingreso a la colección del calzado de un ícono egipcio moderno, el jugador de fútbol Mo Salah [Figura 15]. Los botines, creados especialmente para el delantero del Liverpool, fueron donados por Adidas para su exhibición durante el último mundial de fútbol, en la sala 61, acompañando un calzado de más tres mil años de antigüedad y rodeados por los murales de Nebamun. Golpe publicitario,

actualización del inventario, reconocimiento al impacto global de la Premier League y su jugador estrella, la exhibición provocó un esperable debate. Muchos piensan hoy al British Museum como un lugar casi sagrado donde vamos a contemplar los restos materiales de las grandes culturas del pasado ¿No es después de todo el lugar óptimo para entender la fascinación que despierta el Antiguo Egipto, con su piedra de Rosetta y su joven Memnón? ¿No es el lugar perfecto para entender la grandeza del antiguo imperio asirio, el poderío ateniense, o la riqueza cultural del antiguo reino de Benín? ¿Qué hacen allí, entre estas obras magníficas, los botines de Mo Salah? Y sin embargo, conocer la historia que dio origen al museo permite contemplar el problema desde otro lugar: ¿No será que a pesar de todo el British Museum no debe ser en el fondo más que aquello que fue en su origen: una colección de curiosidades? Podemos adivinar que esta controversia hubiera dejado perplejo a Sloane.

Podemos adivinar también que la colección de Sloane seguirá siendo motivo de estudio durante muchos años más. A lo largo de los siglos, estrellas de esta colección han sido olvidadas, destruidas, perdidas; objetos sin mayor importancia comenzaron a ser vistos como verdaderas joyas. Dos especímenes se transformaron en holotipos de nuevas especies: una tortuga en 1889 y un coral en 1970¹². Muchos objetos perdieron su conexión con Sloane, y luego vieron su importancia realzada cuando esta conexión fue recuperada. Muchísimos esperan aún ser redescubiertos. El libro aquí reseñado nos ofrece razones para fascinarnos con la colección de Sloane, y lo cerramos con la certeza de que no será la última obra dedicada al trabajo de esta extraordinaria figura.

12 Delmer, Cyrille: "Sloane's Fossils. A Historical and Scientific Review of the First Fossil Collection of the British Museum", en *From Books to Bezoars*, p. 157.